

# Kakistocracia

(La receta de Polibio y su "contrario": la pésima república)

## MICHELANGELO BOVERO

*En la historia del pensamiento político y en especial dentro de la teoría de las formas de gobierno, ocupan un lugar especial las ideas de Polibio (210-125 A.C.) quien habló del gobierno mixto como una combinación de las tres constituciones simples, o sea, la monarquía, la aristocracia y la democracia. Los rasgos sobresalientes de esa combinación de regímenes son la virtud, el equilibrio, la estabilidad y la durabilidad. Ejemplos ilustres en el mundo antiguo de gobierno mixto pueden ser localizados en Esparta y Roma.*

*Pues bien, tomando como punto de partida esta idea, Michelangelo Bovero sugiere que imaginemos un sistema exactamente opuesto al que sale de la combinación polibiana: el que sería producto de la tiranía, la oligarquía y la olocracia, el cual, como puede deducirse fácilmente, representaría el más bajo de los gobiernos porque reuniría en su seno los defectos y vicios de sus tres componentes.*

*Hasta donde se sabe, en la literatura politológica no hay rastro de una operación de este tipo. En la originalidad de su propuesta, Bovero bautiza al esperpento en cuestión, **kakistocracia**, que no es un simple producto especulativo sino una operación necesaria en vista de la conveniencia de encontrar "correspondientes con los tiempos antiguos" de los fenómenos que en los momentos actuales está experimentando Italia.*

*La equivocación de Maquiavelo (1469-1527), por cierto gran lector de Polibio, y su interés por encontrar semejanzas de lo moderno con lo antiguo, es pertinente porque ese país está experimentando hoy un cambio de sistema político: la primera república, como se le conoce al régimen salido de*

*la victoria sobre el fascismo fue una república parlamentaria con un sistema electoral de representación proporcional. En él predominó la Democracia Cristiana en alianza con otros partidos políticos, principalmente el Socialista. Pero el sistema se vino abajo en medio de escándalos de corrupción descubiertos por la operación judicial conocida como "Manos limpias". Lo preocupante es que lo que parece sustituir al viejo orden no muestra ser mejor: una convergencia entre la Liga Nord con ciertos tintes de populismo de centro-derecha, capitaneada por Humberto Bossi; Forza Italia, encabezada por el magnate financiero Silvio Berlusconi quien, gracias a sus manejos propagandísticos por medio de la televisión de su propiedad, ya ocupó el cargo de primer ministro, y la neofascista Alianza Nazionale guiada por Gianfranco Fini. He allí los elementos que componen la temida **kakistocracia** a la que hace referencia Bovero. Las tres fuerzas juntas constituyeron el Polo della libertà, con mayoría en el parlamento. Italia – dicho sea de paso – está por celebrar elecciones anticipadas en estos días.*

*La correspondencia con los tiempos antiguos es ilustrada, con referencias por demás eruditas, a través de alusiones a personajes que reflejan respectivamente a los tres líderes mencionados y que encuentran su correspondiente, en ese orden, en Agorácrito, el oligarca y Elios Seiano.*

*La advertencia es clara: la democracia italiana no da señales de ir hacia una escala más alta en su desarrollo en la etapa que se está abriendo sino hacia un gobierno aberrante producto de la combinación de los peores defectos que se pudiesen pensar.*

*Toda proporción guardada, esa advertencia podría ser tomada, entre nosotros, como una admonición para cuidar que nuestro cambio político no degenera en algo tan indeseable como la kakistocracia.*

1. Decía Maquiavelo que “todas las cosas del mundo, en todo tiempo, tienen su correspondiente en los tiempos antiguos”<sup>i</sup>. Convencido de ello, diseccionaba la historia antigua buscando similitudes, ejemplos, tópico para reflexionar, sugerencias prácticas. Y para proporcionar un marco teórico a sus doctas investigaciones, retomaba de los “tiempos antiguos” también la doctrina polibiana de la inmutabilidad de las leyes del cambio político y del carácter cíclico de las vicisitudes de los estados. No pretendo aquí ocuparme de Maquiavelo, sino tratar – *si parva licet* – de imitarlo, buscando réplicas, semejanzas políticas entre los “tiempos antiguos” y los nuestros. Para esto, me pareció útil, precisamente, partir de nueva cuenta del sexto libro de las *Historias* de Polibio<sup>ii</sup>, que contiene esa doctrina.

Polibio, retomando a su vez sobre todo a Platón, sostenía que el principio por el cual todas las cosas de este mundo están fatalmente sujetas a la degeneración<sup>iii</sup>; también es válido de manera evidente para las formas de gobierno, los regímenes políticos<sup>iv</sup>. De las dos maneras en las que las diversas formas de régimen se corrompen y cambian, una por causas externas, otra por motivos internos, sólo la segunda puede ser objeto de una teoría sistemática<sup>v</sup>. Es la teoría cuya construcción constituye el propósito más general de todo el sexto libro de las *Historias*. De ella Polibio proporciona, en cierto momento, una especie de compendio con una conocida y vivaz comparación naturalista: “El orín, para el hierro, y la carcoma y ciertos gusanos, para la madera, son enfermedades congénitas

que llegan a destruir estos materiales incluso cuando no sufren ningún daño externo. De modo no distinto, con cada una de las constituciones nace una cierta enfermedad que se sigue de ella naturalmente. Con el reino (*basileía*) nace el desmejoramiento llamado despotismo; con la aristocracia, el mal llamado oligarquía y con la democracia germina el salvajismo de la fuerza bruta”<sup>vi</sup>.

De esta manera Polibio instituye la que se puede considerar como una especie de codificación, y al mismo tiempo una solidificación, de las tipologías clásicas de las seis formas de gobierno. Sobreponiéndole la idea, no menos clásica, de los ciclos vitales, o mejor dicho, de las parábolas de todos los regímenes – para cada uno de los cuales se pueden encontrar las fases que marcan el ascenso y el declive<sup>vii</sup> y completando el esquema de las formas de cambio político – entendido, una vez clásicamente, como paso de una especie de constitución a otra, de manera que cada una encuentra su lugar natural en un orden de sucesión que las vincula a todas -, Polibio llega a la formulación de la teoría de la *anakúklōsis*, vale decir, del ciclo completo de las formas políticas, producto de la conexión de las parábolas vitales de cada régimen. Las formas políticas “cambian y se transforman, hasta regresar a su estado inicial”<sup>viii</sup>, siguiendo la ley natural que gobierna el ciclo (*fúseos oikonomía*) y fija el orden de sucesión de sus fases: cuando la monarquía real (*basileía*), primera forma buena en la que ha evolucionado (*meàdiorthóseos*) el originario poder natural del más fuerte, se corrompe y se transforma en tiranía, ésta es sustituida por la aristocracia, el gobierno de los mejores que liberaron la ciudad del tirano; a su vez corrompiéndose, la aristocracia cambia en oligarquía, el gobierno de pocos ricos, ávidos y acaparadores (proclives a la *filarguría* y a la *pleonexía*), contra lo cual el pueblo instituye la democracia, en su forma buena de gobierno de leyes; pero esta, degenerando en la ilegalidad se

transforma en oclocracia, el gobierno brutal de la plebe, de la muchedumbre, o de la masa, que al final “reencuentra un amo y un monarca”<sup>ix</sup>.

El ritmo de sucesión de las formas de gobierno es más o menos rápido, a veces rapidísimo. La monarquía real parece ser la que más dura<sup>x</sup>; la tiranía parece ser abolida con bastante prontitud<sup>xi</sup>. La transformación de la aristocracia en oligarquía es hecha coincidir por Polibio – que imita en este caso la característica secuencia del discurso platónico en el octavo libro de *La República* – con un paso generacional, de los padres a los hijos<sup>xii</sup>. Por lo que hace a la democracia, Polibio sugiere explícitamente que ella tiende a degenerar en las manos de los nietos de los fundadores<sup>xiii</sup>. Resiste por tanto, dos generaciones, según nuestros prometidos de cerca de cincuenta años. Respecto al paso a la oclocracia, Polibio ofrece una imagen breve pero con mucho movimiento, en la que al lado del papel de las masas (*tàpléthe*: el pueblo en el sentido de multitud o de... “gente”) se pone de relieve también el de los ricos corruptores<sup>xiv</sup>. En un fragmento que está al final del libro, se lee que el último cambio hacia lo peor “será atribuido al pueblo, que de un lado protesta por haber sufrido daños por la injusticia de algunos, de otro es engañado y seducido por los embelesos de otros con sed de poder”<sup>xv</sup>. Luego, cuando el cambio se completa, “el régimen asumirá el más bello de los nombres, se hablará de libertad y de democracia, pero la realidad será terrible, la de la oclocracia”<sup>xvi</sup>. En otros lugares Polibio la llama *cheiocratía*<sup>xvii</sup>: una traducción bastante fiel podría ser “el poder rijoso”.

2. ¿Acaso es posible encontrar un remedio, si no para detener completamente la degeneración de todo régimen que es fatal, por lo menos para frenarla? Polibio considera que sí, y el modelo originario, en el sentido normativo del término – Maquiavelo hubiera entendido: el ejemplo a imitar como prescripción o “receta” – lo toma de Licurgo. “Él se dio cuenta de que

cada uno de estos cambios se cumplía por necesidad natural, y había comprendido que toda forma simple de constitución, basada en un solo poder, no puede ser más que precaria, en cuanto se desvía rápidamente hacia la forma corrupta que le es congénita por naturaleza... Considerado racionalmente todo ello, Licurgo instituyó un gobierno ni simple, ni de forma singular (monoeidés), sino que reunió todas las virtudes características (o las propiedades excelentes<sup>xviii</sup>) de los regímenes mejores, para que ninguno de ellos, creciendo más allá de lo debido, se desviase hacia los propios vicios connaturales, sino al contrario, contrabalanceando el poder propio de cada uno mediante los demás, ninguno de ellos pudiese inclinarse mucho, y el régimen permaneciese largo tiempo equilibrado y balanceado por un principio permanente de compensación<sup>xix</sup>. De este modo, asignándole a cada una de las partes un cierto peso en el ordenamiento de la comunidad política, el poder de los reyes había sido aquietado en su comportamiento arrogante por temor al pueblo, y éste a su vez no habría osado despreciar la autoridad real por temor al cuerpo aristocrático de los gerontes. Con este sistema (*oútos\_sustesámenos*) Licurgo había asegurado a Esparta un régimen de libertad durable<sup>xx</sup>.

Pero Polibio, en realidad, no trata simplemente de tomar a la constitución espartana como un modelo normativo, resaltando un topos por demás conocido en la cultura clásica. Para él, la legislación de Licurgo más bien sume el significado de un antecedente imperfecto de la constitución romana. En efecto, el mismo fin que Licurgo había perseguido mediante un proyecto racional, los romanos lo habían alcanzado en el ordenamiento de su patria, “mediante muchas luchas y vicisitudes”<sup>xxi</sup>. Es probable que la reflexión sobre pasajes como éste hizo madurar en Maquiavelo la convicción de que las luchas entre los nobles y la plebe “fueron la primera causa del

sostenimiento de la libertad de Roma<sup>xxii</sup>. Y mientras la constitución de Licurgo habría mostrado con el tiempo no estar exenta de defectos<sup>xxiii</sup> - ninguna creación puramente racional lo es, según la apreciación de Polibio-, la constitución romana, que se formó progresivamente al calor de los acontecimientos históricos, siguiendo un desarrollo natural, derivó en “el más bello sistema de nuestro tiempo”<sup>xxiv</sup>. Como si se dijera: la historia misma es (a veces) el mejor ingeniero constitucional; pero sin dúbale sistema romano está compuesto de manera semejante al que pensó Licurgo: “Tres partes detentaban el poder en la república... cada cosa estaba dispuesta y era respectivamente atendida por ellas de manera tan equilibrada y apropiada que nadie, ni siquiera alguien entre los habitantes del lugar, habría podido decir con certeza si el gobierno en su conjunto fuese aristocrático, democrático o monárquico”<sup>xxv</sup>. En efecto, contemplando el poder de los cónsules podía dar la impresión de ser perfectamente monárquico; viendo el del senado resultaba aristocrático, valorando el del pueblo parecía democrático. Según Polibio, el secreto del buen funcionamiento del sistema residía en la sabia distribución de las competencias y de las prerrogativas, de manera que permitía a las tres fuerzas cooperar para el bien común, o, si era el caso, obstaculizarse recíprocamente para frenar las pretensiones o ambiciones excesivas de alguna de esas partes.

3. Los casos de la legislación de Licurgo y de la constitución romana, con su indiscutible relevancia histórica, refuerzan en Polibio la convicción de que una tipología exhaustiva de las formas de gobierno no puede limitarse a enlistar las seis formas “simples”, sino que debe extenderse hasta cubrir una séptima forma, resultado de la reunión o combinación<sup>xxvi</sup> de las tres formas “buenas” en un sistema político unitario: la reflexión acerca de esta séptima forma, denominada “gobierno mixto” se convirtió en uno de los temas

recurrentes del pensamiento político occidental, incluso en los tiempos modernos<sup>xxvii</sup>.

Por lo demás, la idea como tal de una mezcla entre formas de gobierno “simples” ciertamente no se puede considerar como una novedad introducida por Polibio. La lista de sus antecedentes en la cultura clásica más bien sería abundante. Sólo por citar algunos ejemplos entre los más conocidos, en el IV libro de las *Leyes* de Platón – un lugar que parece que fue imitado por Polibio en un fragmento recordado antes<sup>xxviii</sup> - el interlocutor espartano Metilo no sabe decir a que tipo pertenece la constitución de su patria porque encuentra en ella aspectos de la democracia, de la aristocracia y de la monarquía y aun de la tiranía<sup>xxix</sup>. La misma constitución de Esparta es descrita por Aristóteles como “una mezcla (*míxis*) de dos elementos, democracia y virtud (areté: que indica típicamente el criterio aristocrático para la selección de los gobernantes, y equivale por ello al mérito)”<sup>xxx</sup>. Pero cabe resaltar que en este mismo lugar Aristóteles cataloga a la constitución espartana, así como a la cartaginesa, entre las variantes de la aristocracia, es decir, la ubica dentro de una de las seis formas canónicas.

La *míxis* más famosa en la filosofía política clásica es la que caracteriza al régimen político **específico** al que Aristóteles le asigna el nombre *genérico* de todas las constituciones, *politeía* (término que, precisamente por esto, no sería inoportuno traducir como “república”: nombre latino con una doble acepción también el de género y de especie). La *politeía*, en ese sentido específico, es una *míxis* por lo demás extravagante, porque Aristóteles le asigna un valor positivo, incluso se inclina a considerarla como la mejor de las formas de gobierno realmente posibles; pero paradójicamente la hace consistir en una combinación de institutos y principios tomados de dos formas simples y corruptas. De cualquier forma, también en este caso no se trata de una séptima forma de gobierno: en

la tipología de Aristóteles ella ocupa el lugar de la forma buena de gobierno popular – reservando normalmente el nombre de democracia a la forma degenerada, según la costumbre predominante en los filósofos clásicos. En suma: Aristóteles parece sugerir, en consonancia con una larga tradición, que una democracia no corrupta jamás ha existido, y si puede existir en realidad no es una democracia, sino una combinación y un arreglo de los aspectos positivos, o de las características menos negativas, de dos regímenes (democracia y oligarquía) de suyo corruptos. Más adelante Aristóteles agrega la precisión de que las formas de combinación entre la democracia y la oligarquía son indicadas más propiamente con el nombre específico de *politeíai* (“repúblicas” en el sentido de especie) cuando se inclinan hacia la democracia, mientras que son llamadas más bien aristocracias cuando se mueven hacia la oligarquía<sup>xxxí</sup>. No obstante, todo ello confirma otra vez que – más acá de las muchas oscilaciones terminológicas presentes en Aristóteles – los compartimientos de la tipología continúan siendo seis.

La teoría de Polibio, que se inclina a considerar como forma de gobierno distinta y autónoma a la que resulta de la reunión de las tres formas simples y buenas<sup>xxxii</sup>, y que como tal será llamada “gobierno mixto” por la tradición sucesiva, contiene, en cambio, la sugerencia de ampliar la taxonomía. Pero, si tomamos esta sugerencia de la manera más coherente, clasificando en vía de principio toda forma de *míxis* como especie en sí misma, cualquiera puede darse cuenta de que las formas de gobierno no se vuelven siete sino muchas más. La variedad de las mezclas mencionadas por los autores clásicos puede dar una idea de esto; y una elemental aplicación de *ars combinatoria* nos proporcionaría el mapa completo de los compuestos posibles a partir de las seis formas simples: combinaciones de sólo dos de los términos o bien tres, o aun más de

tres – caso que vimos insinuado en Platón -, independientemente del hecho de que correspondan a formas buenas o malas. Obviamente, muchas combinaciones recabadas de esta manera aparecerían a primera vista imposibles o ridículas, y por tanto correspondientes a compartimientos vacíos. No obstante, estoy seguro de que algunos casos aparentemente disparatados podrían, en cambio, resultar apropiados, sin necesidad de recurrir a sofismas retóricos, después de una reflexión que tome en cuenta la variedad de las experiencias históricas.

Quiero proponer un experimento de este tipo. Sugiero – y no por un abstracto ejercicio retórico – *invertir* la que he llamado la “receta de Polibio”. Imaginemos que por la misma fuerza de los acontecimientos (como en Roma, pero al contrario: eventos nefastos), o por un diseño meditado (como en Esparta, pero al revés: un diseño perverso), o por ambos factores, la tendencia oclocrática plebeya, la oligárquica plutocrática y la tiránica dictatorial, converjan hasta formar una alianza potente y victoriosa. Así pues, imaginemos ver reunidos en un solo régimen, no los rasgos eminentes de las constituciones mejores, sino los más deplorables de las peores; no las virtudes de las formas de gobierno buenas, sino los vicios de las correspondientes formas corruptas. El resultado sería un “gobierno mixto” exactamente opuesto al de la “receta” de Polibio: no la “óptima república”, sino la “pésima república”, mucho peor, por suma de males que cualquiera de los regímenes simples corruptos, porque reuniría en sí las perversiones de todos. Sería el régimen más bajo en cuanto “gobierno de los peores” de las diversas especies, recogidos y combinados juntos casi como ingredientes, no para una receta sanadora, de una fórmula benéfica, sino de un maleficio. Si quisiésemos darle un nombre, propondría llamarlo **kakistocracia**: precisamente el contrario de la aristocracia en el sentido más amplio y noble de “gobierno de los mejores”<sup>xxxiii</sup>.

No conozco algún lugar, en la literatura de los “tiempos antiguos”, en el que se describa o solamente se imagine algo semejante a este *monstrum* (pero quizá eso depende de mi ignorancia: estaría agradecido con quien me proporcionase algún dato al respecto). Por contra, en lo que atañe a los componentes específicos de nuestra *míxis* perversa, “la correspondencia con los tiempos antiguos” se encuentran en abundancia. Los diversos géneros literarios de la cultura clásica ofrecen una gama de características – en el sentido teatral, o sea, en el de Teofrasto – entre los cuales podemos seleccionar los más adecuados con el propósito de reconstruir el retrato colectivo de la **kakistocracia**.

4. Ante todo propongo tomar en cuenta la componente oclocrática, buscando semejanzas con la figura de un “encantador plebeyo” – como lo ha llamado Norberto Bobbio<sup>xxxiv</sup>. Considero que en esta clave podría ser interpretado el personaje Agorácrito, protagonista de la comedia de Aristófanes *Los caballeros*<sup>xxxv</sup>. La acción gira en torno a la casa de Demos – el “señor Pueblo” -, en la que campea el servidor Paflagonio, caricatura del demagogo Cleón (si pudiera dar consejos para una habilitación moderna de esta figura, sugeriría representarlo con un tipo arrogante, que con frecuencia mira sesgado y hace largas pausas durante sus discursos). Otros dos servidores, maltratados y sometidos por aquél, llegan a saber, por un oráculo, que Paflagonio pronto será echado y su lugar ocupado por un vendedor de chorizos. Al ver caminar por la plaza al choricero Agorácrito, lo llaman, alabándolo como “salvador de la ciudad y de todos nosotros: tú qué ahora no eres nada y mañana serás grande, guía de la Atenas afortunada”. El primer servidor enseñándole a los espectadores le dice al choricero, quien se queda un poco atónito: “De todas estas filas de pueblo tú serás el gobernante... Pisotearás al senado, harás añicos a los generales, los

pondrás en cadenas o en la cárcel, y en el Pritáneo (donde eran mantenidos a costa del erario público los benefactores de la patria) podrás fornicar”. Agorácrito, que no sale de su sorpresa, pregunta: “¿cómo es que yo, vendedor de chorizos, voy a convertirme en un hombre importante?” Pero el criado rebate: “Precisamente por eso vas a ser importante. Porque eres un infeliz, un bajo mercader sinvergüenza, pero atrevido”. Agorácrito sigue defendiéndose: “No me creo digno de llegar tan alto”. El criado le pregunta por cuál motivo no sería digno de eso; luego, dubitativo, insinúa: “Me esta pareciendo que aún abrigas algún buen principio. ¿Eres de padres honrados, de gente de buena conducta?” Inmediatamente Agorácrito dice: “¡Por los dioses, no! ¡Soy de los muy abajo!”. El empleado: “¡Eres afortunado! ¡Qué magnífica condición para la vida política!”. Objeta todavía Agorácrito: “Pero buen hombre, ni pizca tengo de instrucción, apenas conozco las letras y eso más o menos”. El empleado: “Es tu única falla, que sepas bien que mal. Pues gobernar al pueblo (el original dice: la demagogia) no es de hombres bien instruidos, ni de buenas costumbres, ¡se requiere un ignorante, se requiere un desvergonzado!” Al llegar a este punto el choricero pide que le expliquen el oráculo que le pronostica el poder, para decir por última vez: “Me pregunto cómo pudiera yo ser capaz de gobernar un pueblo”. El empleado responde: “Es muy simple: lo que antes has hecho sigue haciendo. Alborota, has rueda las tripas y revuelve todos los asuntos públicos. Cautiva siempre al pueblo; gánatelo con palabras bien cocinadas: tienes todo lo que se necesita para ser un demagogo: voz obscena, orígenes oscuros, vulgaridad. Posees lo que se pide para gobernar”.

Respecto a la figura del oligarca – segunda componente de nuestra *míxis* perversa – los lugares clásicos que vienen de inmediato a la mente son los dedicados respectivamente al “hombre oligárquico” en el octavo libro de *La República* de Platón y a la

“índole oligárquica” en los *Caracteres* de Teofrasto. El oligarca, a pesar del sentido literal del término, naturalmente es el rico, o mejor dicho el rico que en cuanto tal adquirió poder político. Como se sabe, el concepto griego de oligarquía indica no tanto el gobierno de pocos, sino el gobierno de los ricos. Como explica Aristóteles: “el hecho de que tengan el poder pocos o muchos sólo es un accidente, sea para las oligarquías sea para las democracias, debido a que donde quiera los ricos son pocos y los pobres muchos... El verdadero criterio para distinguir la democracia y la oligarquía es el de la riqueza y la pobreza, y necesariamente un régimen donde los que tienen el poder, pocos o muchos, lo poseen gracias a su riqueza, es una oligarquía; un régimen en el que los pobres gobiernan es una democracia”<sup>xxxvi</sup>. En las *Memorables* de Jenofonte se encuentra una lista convencional de las formas de gobierno, en la que, sin embargo, el concepto oligarquía es sustituido por el término *plutocracia*<sup>xxxvii</sup>. Según el democrático siracusano Atenágoras – leemos en Tucídides- el argumento con el que se autolegitima el oligarca es muy simple: “Los que poseen las riquezas son también estupendos para gobernar óptimamente”<sup>xxxviii</sup> (habría que agregar “... si ninguno rema en contra”). El “carácter oligárquico”, según Teofrasto, “consiste en un avidez de dominio que se inclina siempre al poder y a la ganancia”<sup>xxxix</sup>. En Platón, es la decadencia de los principios de la virtud y del honor lo que abre las puertas al régimen oligárquico y fabrica hombres que “aspiran a las riquezas, ensalzan al rico, lo admiran y lo elevan a las magistraturas”<sup>xl</sup>. Pero la ciudad oligárquica, dice atinadamente Platón, “no es una sino doble”: la ciudad de los pobres convive con la de los ricos en el mismo lugar, y esta fractura peligrosa esta destinada a profundizarse cada vez más, porque las oligarquías permiten la alienabilidad total de los bienes (podríamos decir, una completa libertad de mercado) lo que da pie a que algunos se vuelvan

extremadamente ricos (*upérploutoi*), otros paupérrimos y marginados, carentes de identidad social<sup>xli</sup>. Pero aun así, como dice Isócrates en la oración *Sobre la paz* a propósito del régimen de los 400, “precisamente el pueblo se vuelve coautor de la oligarquía”<sup>xlii</sup>.

Por lo que hace al tercer elemento de la *míxis* perversa y anormal, no considero oportuno buscar semejanzas en la amplia literatura clásica acerca del tirano: el tirano como tal, en rigor no soporta compañeros. Me parece más adecuada la figura de un ambiguo y arrogante individuo cercano a César – del César en turno -, insidioso copartícipe de su poder. Viene a la memoria la breve semblanza que Tácito efectuó de Elios Seiano en los *Anales*, el prefecto del pretorio en los tiempos de Tiberio: “soportaba las fatigas, era de ánimo audaz; hábil en esconder sus cosas, encubrirse a sí mismo, en disimular (*sui obtegens*), está presto para erigirse en acusador de los demás (*in alios criminator*); conjuntaba la adulación (para con César) y la arrogancia; exteriormente manifestaba un freno de compuesta reserva dentro de sí mismo cobijaba un inmenso deseo de conquista”. Poco más adelante, Tácito agrega que el emperador Tiberio “era tan bien dispuesto e indulgente hacia él, que no sólo en sus discursos lo elogiaba como compañero de fatigas, sino que lo exaltaba ante los senadores y ante el pueblo, y permitía que las imágenes de él fuesen honradas en los teatros y en los plazas”<sup>xliii</sup>.

5. De acuerdo con Polibio, el propósito fundamental que se planteó Licurgo al proyectar la constitución espartana fue sustraer el ordenamiento de su ciudad al destino natural de la degeneración y de la decadencia. El valor político esencial del “gobierno mixto”, subrayado por todos sus partidarios, es la estabilidad. Pero qué decir del gobierno mixto “al contrario”, de la ***kakistocracia*** producto de la *míxis* perversa que hemos reconstruido con algunos fragmentos de la lección de los antiguos, sino que en su propia

composición se puede descubrir una inestabilidad intrínseca. En cuanto semejante agregación se realice ella parece condenada a disgregarse pronto. Y no es difícil descubrir la ruta por la que ello pueda acontecer: en la tríada compuesta por el *desarrapado*, el *oligarca* y el *pretoriano*, el elemento más heterogéneo es el primero, quien alejado o disociado, no es obstáculo para que permanezca la alianza ambigua entre el oligarca y el pretoriano – por lo menos hasta que se presente un eventual ajuste de cuentas, más allá del pacto de poder, de la convergencia para vencer. Una alianza ambigua hecha de afinidades y rivalidades. Si quisiéramos repensar también en torno a esta afinidad, ésta semejanza en la diferencia, con el auxilio de categorías clásicas, creo que deberíamos buscar en los connotados de la figura del déspota: al mismo tiempo amo y “señor”, autoritario y carente de leyes y frenos.

Pero me detengo aquí porque, entre otras cosas, soy conciente de haber efectuado una “operación antihistórica”, como se dice de quien propone aunque sólo sea con alusiones, una lectura actualizada de los textos clásicos, y fatalmente los distorsiona. Pero declararé desde el inicio que mi posición respecto a los “tiempos antiguos” no era propiamente la del historiador: traté, en cambio, siguiendo la sugerencia de Maquiavelo, de encontrar “correspondencias” con nuestra época. Dejo el juicio a quien me lee. Me parece poder firmar las siguientes palabras de Guicciardini, tomadas precisamente de una carta a Maquiavelo: “mira que si cambiamos solamente los rostros de los hombres y los colores externos, todas las cosas que pasaron antes vuelven, y no vemos ningún acontecimiento que no haya sucedido. Pero el hecho de que cambien los nombres y las formas de las cosas implica que sólo los doctos las conozcan; por eso la historia es cosa buena y útil porque te pone delante y permite ver y reconocer aquellas que no habías visto ni conocido”<sup>xliv</sup>.

Acaso podría ser acusado de haber propuesto una lectura tendenciosa de los textos citados por haberlos seleccionado y dispuesto en un cierto orden, aunque me haya esforzado por tratarlos a todos con escrúpulo filológico. Aun así, me conforta el hecho de que Eugenio Garin – en el artículo dedicado a Polibio y Maquiavelo del que extraje el fragmento anterior de Guicciardini -, recordando sus primeros trabajos y los de sus maestros y compañeros, las lecturas y los estudios humanísticos hechos en los años 30 y en los primeros años 40, medio siglo más tarde los haya juzgado de la siguiente manera: “Sin duda eran lecturas tendenciosas, en un clima tenso donde la página de Tucídides o de Tácito se vestía de colores singulares, donde todo adquiría resonancias éticas y políticas actuales. Eran actualizaciones que podían ser corregidas, pero sin las cuales muy difícilmente habríamos captado el fondo de tales escritos”<sup>xlv</sup>

---

<sup>i</sup> *Discorsi*, libro III, cap. XLIII.

<sup>ii</sup> Utilizo el texto establecido por Raymon Weil para la edición de “Les Belles Lettres, Paris 1997. La traducción de los fragmentos de Polibio, así como de los otros textos griegos y latinos citados en el presente artículo, es mía.

<sup>iii</sup> Cfr. Pol., St., VI, 57, 1.

<sup>iv</sup> Polibio habla de *politeíai* y *politeúmata*, términos que usualmente traducimos como “constituciones, formas de gobierno, regímenes”, *faute de mieux*, como sugiere R. Weil en la *Notice* premissa a la edición cit. del libro sexto de Polibio, en la p. 15.

<sup>v</sup> *Ivi*, 57,2.

<sup>vi</sup>

<sup>vii</sup> Es de señalarse una cierta sobreposición, y también confusión, en el texto de Polibio, entre dos usos de la metáfora del ciclo o parábola vital y de los términos que indican sus fases: de una parte, términos como “formación (*sústasis*) “crecimiento” (*aúxesis*), “desarrollo máximo” (*akmé*) “decadencia” o “degeneración” o “corrupción” (*ffthorá*), “fin” (*télos*, en el sentido de la terminación, caída final), son referidos explícitamente a la “vida” de cada *politeía*, o sea, en cada



---

régimen político específico (cfr., por ejemplo 4, 11-12); de otra parte (cfr., por ejemplo, 9,10-13), algunos de estos términos, conceptos similares, también son referidos al ciclo interno de la *metabolé ton politeion*, cuyo sujeto (en el sentido de *upokeímenon*) debería ser, obviamente, ya no cada *politeía*, sino cada *pólis*, cada comunidad política concreta, destinada a asumir y, por decirlo así, atravesar en el curso de su vida histórica, las diversas formas de gobierno, es decir, las seis politeíai indicadas por la tipología.

<sup>viii</sup> *Ivi*, 9, 10.

<sup>ix</sup> *Ivi*, 9,9. En el libro se encuentran dos descripciones completas del ciclo: una muy breve (4, 7 -10) y una más amplia y detallada (5, 4-9,9).

<sup>x</sup> Cfr. *ivi*, 7,2.

<sup>xi</sup> Cfr. *ivi*, 7, 8. Polibio parece creer que todas las formas degeneradas tengan una vida más bien breve (cfr. 8,6 para la oligarquía y 9,9 para la olocracia).

<sup>xii</sup> Cfr. *ivi*, 8,4.

<sup>xiii</sup> fr. *ivi*, 9, 5.

<sup>xiv</sup> Cfr. *ivi*, 9,5-7.

<sup>xv</sup> *Ivi*, 57, 7.

<sup>xvi</sup> *Ivi*, 57, 9.

<sup>xvii</sup> Cfr. por ejemplo 9,7.

<sup>xviii</sup> Entiendo como *endíadis tás aretás kai tás idiótetas*

<sup>xix</sup> *Ivi*, 10, 2, 6-7.

<sup>xx</sup> *Ivi*, 10, 8-11.

<sup>xxi</sup> *Ivi*, 10, 12-14

<sup>xxii</sup> Cfr. *Discorsi*, I, c. IV.

<sup>xxiii</sup> Cfr. *Pol. St.*, VI, 48

<sup>xxiv</sup> *Ivi*, 10, 14.

<sup>xxv</sup> *Ivi*, 11, 11.

<sup>xxvi</sup> Polibio no emplea la palabra *míxis*, sino que echa mano de términos (sobre todo formas verbales) que expresan la idea de "reunión" y de "composición"

<sup>xxvii</sup> Cediendo luego el lugar, y en cierto sentido transformándose, el de la división de poderes.

<sup>xxviii</sup> Que indico en la nota 25

<sup>xxix</sup> Platón, *Leyes*, IV, 712 d-e.

<sup>xxx</sup> Aristóteles, *Política*, IV, 7, 1293 b.

<sup>xxxi</sup> *Ivi*, IV, 8, 1293 b.

<sup>xxxii</sup> Cfr. *Pol. St.*, VI, 3, 6-7ç

<sup>xxxiii</sup> O también como sugiere Aristóteles (*Política*, III, 7, 1279 a) en el sentido de gobierno que persigue "lo mejor" (*tò áriston*) para la comunidad.

<sup>xxxiv</sup> Cfr. N. Bobbio, *Cinquant'anni e non bastano*, "Il Ponte", L,n.1, 1994, p.10

<sup>xxxv</sup> Uso el texto de Victor Coulon para el tomo I de las comedias de Aristófanes en la edición de "Les Belles Lettres", Paris 1948.

---

Los fragmentos traducidos en las citas que siguen son tomados de los vv. 149-219. Aquí Bovero introduce una especie de juego de espejos con los personajes teatrales y los personajes de la vida política italiana Agorácrito encuentra su reflejo correspondiente en Umberto Bossi líder de la Liga Norte.

<sup>xxxvi</sup> Aristóteles, *Política*, III, 6-7, 1279 b-1280 a.

<sup>xxxvii</sup> Jenofonte, *Memorables*, IV, 6, 12.

<sup>xxxviii</sup> Tucídides, *Historias*, VI, 39.

<sup>xxxix</sup> Teofrasto, *Caracteres*, XXVI

<sup>xl</sup> Platón, *República*, VIII, 551 a.

<sup>xli</sup> Cfr. *ivi*, 551 d- 552 b.

<sup>xlii</sup> Isócrates, *Discursos*, VIII, 108.

<sup>xliii</sup> Tácito, *Anales*, IV, 1-2.

<sup>xliv</sup> Cit. en E. Garin, *Plibio e Machiavelli*, "Quaderni di Storia", n.31, 1990 pp. 15-16.

<sup>xlv</sup> *Ivi*, p. 8.

Traducción y nota: José Fernández Santillán